

cion, que se hace tan brevemente y estando uno sosegado y despacio, sin tener otra cosa en que entender, es menester tanto aviso y recato, ¿qué será querer todo el día y en medio de otras ocupaciones conservar esa composicion? Pero esta presencia de Dios, de que ahora tratamos, escluye todas estas imaginaciones y consideraciones, y está muy lejos de ellas, porque ahora tratamos de la presencia de Dios en cuanto Dios; que, lo primero no es menester fingir que está aquí, sino creerlo porque así es la verdad. Cristo nuestro Redentor, en cuanto hombre, está en el cielo y en el Santísimo Sacramento del Altar, pero no está en todo lugar. Y así, cuando imaginamos presente á Cristo en cuanto hombre, es imaginacion que nosotros finjimos; pero en cuanto Dios está aquí presente, y dentro de mí, y en todo lugar, «todo lo llena (1).» No habemos menester fingir lo que no es, sino actuarlos en creer lo que es. Lo segundo, la humanidad de Cristo puédese imaginar y figurar con la imaginacion, porque tiene cuerpo y figura; pero Dios en cuanto Dios no se puede imaginar ni figurar cómo es, porque no tiene cuerpo ni figura, que es puro espíritu. Aun ni á un ángel ni á nuestra propia ánima podemos imaginar cómo es, porque es espíritu, ¿cuánto menos podremos imaginar ni hacer concepto de cómo es Dios?

¿Pues cómo habemos de considerar á Dios presente? Digo que no mas que haciendo un acto de fé, presuponiendo que Dios está aquí presente, pues la fé nos lo dice, sin querer saber cómo ni de qué manera, como dice San Pablo que hacia Moisés: «A Dios, que es invisible, le consideraba y tenia presente, como si le viera (2).»

(1) Spiritus Domini replevit orbem terrarum. *Sop. I. 7.*

(2) Invisibilem tanquam videns sustinuit. *Ad Hebr. XI, 27.*

sin querer saber ni imaginar cómo es, sino como cuando uno está hablando con su amigo, de noche, sin reparar en cómo es, ni acordarse de eso, sino solamente gozándose y deleitándose con la conversacion y presencia de su amigo que sabe que está allí presente; de esa manera habemos de considerar nosotros á Dios presente: bástanos saber que está aquí nuestro amigo para gozar de él; no os pareis á mirar cómo es, que no acertareis, porque es de noche para nosotros; esperad que amanezca, y cuando venga la mañana de la otra vida, entonces «se descubrirá y le podremos ver claramente cómo es (1).» Por eso se apareció Dios á Moisés en la niebla y oscuridad para que no le veais, sino solamente creais que está presente. Todo esto, que habemos dicho, pertenece al primer acto del entendimiento que se ha de presuponer; pero es menester advertir que lo principal de este ejercicio no consiste en esto; porque no solamente se ha de ocupar el entendimiento mirando á Dios presente, sino tambien se ha de ocupar la voluntad deseando y amando á Dios y uniéndose con él. Y en estos actos de la voluntad consiste principalmente este ejercicio, de lo cual trataremos en el capitulo siguiente.

—•••••
CAPITULO III.
—•••••

De los actos de la voluntad en que consiste principalmente este ejercicio, y cómo nos habemos de ejercitar en ellos.

San Buenaventura en su mística Theologia dice (2) que los actos de voluntad con que en este santo ejercicio habemos de levantar el corazon á Dios, son unos deseos encendidos del corazon con que el alma desea unirse con Dios con perfecto amor, unos

(1) Cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est. *I. Joan. III, 2.*

(2) S. Bonav. *via 3. et in Epist. 13. memor. cap. 22.*

afectos inflamados, unos suspiros vivos de las entrañas con que llama á Dios, unos movimientos piadosos y amorosos de la voluntad con que como con alas espirituales se estiende y levanta hácia arriba y se va allegando y uniendo mas con Dios. Estos deseos y afectos vehementes y encendidos del corazon, llaman los Santos aspiraciones, porque con ellos el alma se levanta á Dios, que es lo mismo que aspirar á Dios; y tambien, dice San Buenaventura, porque de la manera que respirando sacamos sin deliberacion el anhelo y huelgo de lo interior de nuestro cuerpo, así con grande presteza y algunas veces sin deliberacion ó casi sin ella, sacamos estos deseos encendidos de lo interior del corazon. Estas aspiraciones y deseos los declara el hombre con unas oraciones breves y frecuentes, que llaman jaculatorias, dice San Agustin (1), porque son como unos dardos y saetas encendidas que salen del corazon y en un punto se arrojan y envian á Dios. De estas oraciones usaban mucho aquellos monges de Egipto, como dice Casiano (2). Y las estimaban y tenian en mucho; lo uno, porque como son breves, no cansan la cabeza; lo otro, porque se hacen con fervor y espíritu levantado, y en un punto se hallan en el acatamiento de Dios, y así no dan lugar al demonio de perturbar al que las hace, ni ponerle impedimento alguno en el corazon. Dice San Agustin unas palabras dignas de consideracion para los que tratan de oracion: «Porque aquella vigilante y viva atencion, que es menester para orar con la reverencia y respeto debido, no se vaya remitiendo y perdiendo, como suele acontecer en la larga oracion (3).» Pues con estas

(1) Raptim jaculatas. *August. Epist. ad Probam, quæ est 121.*

(2) Breves quidem, sed creberrimæ. *Cassian. lib. 2, de inst. renunt.*

(3) Ne illa vigilans, et erecta intentio, quæ tamen necessaria est oranti per productiores moras hebetetur. *Aug. Epist. ad Probam.—Chrysost. hom. 79.*

B. del G., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

graciones jaculatorias procuraban aquellos santos monges (1) andar siempre en este ejercicio, levantando muy frecuentemente el corazon á Dios, tratando y conversando con él.

Este modo de andar en la presencia de Dios es comunmente mas á propósito para nosotros, mas fácil y mas provechoso; pero será menester declarar mas la práctica de este ejercicio. Casiano (2) la pone en aquel verso: *Deus in adjutorium meum intende, Domine ad adjuvandum me festina* (Ps. LXXXIX.) que la Iglesia repite al principio de cada hora. Comenzais algun negocio en que hay peligro, pedid á Dios que os ayude para salir bien de él; «Señor, entended en mi ayuda; Señor, no tardeis en ayudarme.» Para todas las cosas tenemos necesidad del favor de! Señor, y así siempre se le habemos de andar pidiendo. Y dice Casiano que este verso es maravilloso y muy á propósito para declarar todos nuestros afectos en cualquier estado y en cualquiera ocasion ó acacamiento que nos veamos, porque con él invocamos el auxilio de Dios, con él nos humillamos y reconocemos nuestra necesidad y miseria, con él nos levantamos y confiamos ser oidos y favorecidos de Dios, con él nos encendemos en el amor del Señor, que es nuestro refugio y protector. Para todos cuantos combates y tentaciones se os pueden ofrecer, tenéis aqui un escudo fortísimo y una cota impenetrable y un muro inespugnable. Y así, siempre le habeis de traer en la boca y en el corazon, y esta ha de ser vuestra perpétua y continua oracion, y vuestro andar siempre en la presencia de Dios.

San Basilio (3) pone la práctica de este ejercicio en que de todas las cosas tomemos ocasion de acordarnos de Dios. ¿Co-

(1) Abb. Isaac, *collat. 10, cap. 10.*

(2) Cassian. *collat. 10, cap. 10.*

(3) Basil. *hom. in martyrem Julitam.*

meis? dad gracias á Dios: ¿vestís? dad gracias á Dios: ¿salís al campo ó la huerta? bendecid á Dios que lo crió: ¿mirais al cielo? ¿mirais al sol y á todo lo demas? alabad al Criador de todo. Cuando durmiéredes, todas las veces que despertáredes, levantad el corazon á Dios.

Otros, porque en el camino espiritual hay tres vias; una purgativa, que pertenece á los principiantes; otra iluminativa, que pertenece á los que van aprovechando; otra unitiva, que pertenece á los perfectos; ponen tres géneros de aspiraciones y oraciones jaculatorias; unas, que se enderezan á alcanzar perdon de pecados y purgar el ánima de vicios y aficiones terrenas, que pertenecen á la via purgativa; otras, que se enderezan á alcanzar virtudes y vencer tentaciones y abrazar dificultades y trabajos por la virtud, que pertenecen á la via iluminativa; otras, que se enderezan á alcanzar la union del alma con Dios con vinculo de perfecto amor, que pertenecen á la via unitiva: para que cada uno se ejercite en este ejercicio conforme al estado y disposicion que tuviere. Pero quanto á esto, por muy perfecto que sea uno, se puede ejercitar en dolor de pecados y en pedir á Dios perdon de ellos y gracia para nunca ofenderle, y será muy buen ejercicio y muy agradable á Dios. Y este, y el que trata de purgar su ánima de vicios y pasiones desordenadas y alcanzar virtudes, se podrá tambien ejercitar en actos de amor de Dios para hacer eso mismo con mas facilidad y suavidad. Y asi todos se pueden ejercitar en este ejercicio unas veces con estos actos: «¡Oh Señor, quién nunca os hubiera ofendido! No permitais, Señor, que yo os ofenda jamás. Morir sí, mas no pecar. Plegue á vuestra divina Magestad, que antes muera yo mil muertes que caiga en pecado mortal.» Otras veces puede uno levantar su corazon á Dios dándole gracias por los beneficios

recibidos, generales y particulares, ó pidiendo algunas virtudes; unas veces profunda humildad, otras perfecta obediencia, otras caridad, otras paciencia. Otras veces puede uno levantar su corazon á Dios con actos de amor y conformidad con su santísima voluntad, como diciendo: «Mi amado para mí y yo para él. No se haga mi voluntad, sino la tuya. ¿Qué tengo yo en el cielo, y fuera de tí qué puedo querer yo en la tierra (1)?» Estas y otras semejantes son muy buenas aspiraciones y oraciones jaculatorias para andar siempre en este ejercicio de la presencia de Dios, y las mejores y más eficaces suelen ser las que el corazon, movido de Dios, concibe de sí mismo, aunque no sea con palabras tan compuestas y tan ordenadas como las que habemos dicho. Y no es menester tampoco que sean muchas y diversas estas oraciones, porque una sola, repetida muy á menudo y con grande afecto, le puede bastar á uno para andar en este ejercicio muchos dias y aun toda la vida. Si os hallais bien con andar siempre diciendo aquellas palabras del Apóstol: «Señor, ¿qué quereis que haga (2)?» ó aquellas de la esposa: «Mi amado para mí y yo para él;» ó aquellas del Profeta: «¿Qué tengo yo, Señor, que querer, ni en el cielo ni en la tierra, sino á vos?,» no habeis menester más; deteneos y entreteneos en eso, y ese sea vuestro continuo ejercicio y vuestro andar en la presencia de Dios.

CAPITULO IV.

Declárase mas la práctica de este ejercicio, y pónese un modo de andar en la presencia de Dios muy fácil y provechoso y de mucha perfeccion.

Entre otras aspiraciones y oraciones jaculatorias que podemos usar, es muy prin-

(1) Dilectus meus mihi, et ego illi. Cant. II, 16.— Non mea voluntas, sed tua fiat. Luc. XXII, 42.— Quid enim mihi est in caelo, et a te quid volui super terram? Ps. LXXII, 23.
(2) Act. IX, 6.

cipal y muy á propósito, para la práctica de este ejercicio, la que nos enseña el Apóstol San Pablo en la primera Epístola á los de Corinto: «Ahora comais, ahora bebais, ahora hagais otra cualquier cosa, todo lo hacéd á gloria de Dios (1).» Procurad en todas las cosas que hiciéredes, ó lo mas frecuentemente que pudiéredes, levantar el corazon á Dios, diciendo: «por vos, Señor, hago esto, por contentaros y agradaros á vos, porque vos así lo quereis. Vuestra voluntad, Señor, es la mia, y vuestro contento es el mio, y no tengo yo otro querer ni otro no querer, sino lo que vos quisiéredes ó no quisiéredes; esa es toda mi alegría y todo mi contento y regocijo, el cumplimiento de vuestra voluntad, el agradaros y contentaros á vos, y no hay otra cosa que querer, ni que desear, ni en que poner los ojos, ni en el cielo, ni en la tierra.» Este es muy buen modo de andar siempre en la presencia de Dios, y muy fácil y provechoso y de mucha perfeccion, porque es andar en un continuo ejercicio de amor de Dios. Y porque en otras partes tratamos de esto (2), aquí solamente quiero añadir que esta es una de las mejores y mas provechosas maneras que hay de andar siempre en oracion, de cuantas podemos tener; que no parece que faltaba otra cosa para acabar de canonizar y levantar este ejercicio, sino decir que con él traeremos aquella continua oracion que Cristo nuestro Redentor nos pide en el Sagrado Evangelio (3). Porque ¿qué mejor oracion puede ser que estar uno siempre deseando la mayor gloria y honra de Dios y estar siempre conformándose con su voluntad, no teniendo otro querer, ni otro no querer, sino lo

que Dios quiere ó no quiere, y que todo su contento y gozo sea el contento y gozo de Dios?

Por esto dice un doctor (1), y con gran razon, que el que perseverare con cuidado en este ejercicio con estos afectos y deseos interiores, sacará tanto fruto de él, que en breve tiempo sentirá mudado y trocado su corazon, y hallará en él aversion particular al mundo y aficion singular á Dios. Esto es comenzar á ser ciudadanos del cielo y continuos de la casa de Dios (2). Estos son aquellos gentiles hombres que vió San Juan en el Apocalipsi, que tenían el nombre de Dios escrito en sus frentes, que es la continua memoria y presencia de Dios (3), porque su trato y conversacion ya no es en la tierra, sino en el cielo; «contemplando, no las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las que se ven son temporales, y las que no se ven eternas (4).»

Háse de advertir en este ejercicio que, cuando hacemos estos actos diciendo: «por vos, Señor, hago esto; por vuestro amor y porque así vos lo quereis,» y otros semejantes; los habemos de hacer y decir como quien habla con Dios presente, y no como quien levanta el corazon ó pensamiento lejos de sí ó fuera de sí. Esta advertencia es de mucha importancia en este ejercicio, porque eso es propiamente andar en la presencia de Dios, y eso es lo que hace este ejercicio fácil y suave, y que mueva y aproveche mas. Aun en las demas oraciones, cuando meditamos á Cristo en la cruz ó en

(1) Dionis. Richel., lib. 1 de contemplat. cap. 25.
(2) Jan non estis hospites, et advenae, sed estis cives sanctorum, et domestici Dei. Ad Eph. II, 19.
(3) Et videbunt faciem ejus: et nomen ejus in frontibus eorum. Apoc. XXII, 4.
(4) Nostra autem conversatio in caelis est. Ad Phil. III, 20.— Non contemplantibus nobis quae videntur, sed quae non videntur: quae enim videntur temporalia sunt, quae autem non videntur aeterna. II. Cor. IV, 18.

la columna, avisan los que tratan de oracion que no habemos de imaginar aquello allá en Jerusalem y que há mil y tantos años que pasó, porque eso cansa mas y no mueve tanto, sino que lo habemos de imaginar presente y que pasa aqui delante de nosotros, y que oimos los golpes de los azotes y las martilladas de los clavos. Y si meditamos el ejercicio de la muerte, dicen que habemos de imaginar que estamos ya para morir, desauciados de los médicos y con la candela en la mano. ¿Cuánto mayor razon será que en este ejercicio de la presencia de Dios hagamos estos actos que habemos dicho, no como quien habla con quien está ausente y lejos de nosotros, sino como quien habla con Dios presente; pues el mismo ejercicio lo pide y en realidad de verdad ello es asi?

CAPITULO V.

De algunas diferencias y ventajas que hay de este ejercicio de andar en la presencia de Dios.

Para que se vea mejor la perfeccion y provecho de este ejercicio y modo de andar en la presencia de Dios, que habemos dicho (1), y para que con eso quede mas declarado, diremos algunas diferencias y ventajas que hay en él. Lo primero, en otros ejercicios que suelen traer algunos de andar en la presencia de Dios, todo parece que es acto de entendimiento, y todo parece que se acaba en imaginar presente á Dios; pero este presupone ese acto de entendimiento y de fé, que está Dios presente, y pasa adelante á hacer actos de amor de Dios, y en eso consiste principalmente. Y esto claro está que es mejor y de mas provecho que lo primero. Asi como en la oracion decimos que no habemos de parar en el acto del entendimiento, que es la medita-

(1) Trat. V, c. 11.

cion y consideracion de las cosas, sino en los actos de la voluntad, que es en los afectos y deseos de la virtud é imitacion de Cristo, y ese ha de ser el frutó de la oracion; asi aqui lo mas principal de este ejercicio, y lo mejor y mas provechoso de él, está en los actos de la voluntad, y asi eso es en lo que habemos de insistir.

Lo segundo que se sigue de aqui es, que este ejercicio es mas fácil y suave que los demas, porque para los demas es menester discurso y trabajo del entendimiento y de la imaginacion para representar las cosas delante, que es lo que suele cansar y quebrar las cabezas, y asi no puede durar esto tanto; pero para este ejercicio no es menester discurso sino unos afectos y actos de la voluntad, los cuales se hacen sin cansancio, porque aunque es verdad que hay allí algun acto del entendimiento; pero ese presupónese por la fé, sin cansarnos en eso, como cuando adoramos el Santísimo Sacramento, suponemos por la fé que está allí Cristo nuestro Salvador; pero toda nuestra atencion y ocupacion es en adorar, reverenciar, amar y pedir mercedes á aquel Señor que sabemos está allí; asi es en este ejercicio. Y de aqui es que por ser mas fácil, podrá uno durar y perseverar en él mas tiempo, porque aun á los enfermos que no pueden tener otra oracion, les solemos aconsejar que usen levantar el corazon á Dios á menudo con algunos afectos y actos de la voluntad, porque esos puédense hacer con facilidad; y asi, aunque no hubiese otra ventaja en este ejercicio, sino poder durar y perseverar en él mas que en los demas, le habiamos de estimar en mucho, cuanto mas habiendo en él tantas ventajas.

Lo tercero y principal y que se ha de advertir aqui mucho es, que la presencia de Dios no es solo para parar en ella, sino para que nos sea medio para hacer bien las obras que hacemos; porque si nos contentásemos

con solo traer atencion á que Dios está presente, y por eso nos descuidásemos en las obras é hiciésemos falta en ellas, esa no seria buena devocion, sino ilusion. Siempre habemos de tener cuenta con que, aunque el un ojo traigamos en su Magestad, el otro le pongamos en hacer bien las obras por él; y el mirar que estamos delante de Dios, nos ha de ser medio para hacer mejor y con mas perfeccion todo lo que hacemos. Y esto mucho mejor se hace con este ejercicio que con otros, porque con otros ocúpase mucho el entendimiento en aquellas figuras corporales que quiere uno representar delante ó en los conceptos que quiere sacar de lo que tiene presente, y por sacar el buen pensamien-

to muchas veces no mira bien lo que hace, y lo hace mal hecho. Pero este ejercicio, como no hay en él ocupacion del entendimiento, no impide nada al ejercicio de las obras, antes ayuda mucho para que vayan bien hechas, porque las está haciendo por amor de Dios y delante de Dios, que le está mirando; y asi procura de hacerlas de tal manera y tan bien hechas, que puedan parecer delante de los ojos de Dios y que no haya en ellas cosa indigna de su presencia; acerca de lo cual dijimos arriba (1) otro punto, que es otro modo de andar en la presencia de Dios muy bueno y muy provechoso, que ponen tambien los Santos, y asi escusaremos el repetirlo aqui.

TRATADO SEPTIMO.

Del Exámen de la Conciencia.

CAPITULO I.

Cuán importante sea el exámen de la conciencia.

Uno de los principales y mas eficaces medios que hay para nuestro aprovechamiento, es el exámen de la conciencia; y como tal, nos le encomiendan los Santos. San Basilio, que fué de los mas antiguos que dieron reglas á monges, manda que cada noche hagan este exámen (1). San Agustin, en su regla (2), manda lo mismo; San

Antonio Abad enseñaba y encomendaba mucho esto á esto á sus religiosos; San Bernardo y San Buenaventura, Casiano, y todos comunmente (2). El Bienaventurado San Crisóstomo, sobre aquellas palabras del Real Profeta David: "Compungios y confundios en vuestras camas (3)," tratando de este exámen y aconsejando que se haga cada noche antes que nos acostemos,

(1) Basil. hom. de instit. Mon. et. serm. 1, de abdicat. sive renunt. saeculi istius, et spirit. perfect.
(2) August. lib. 50. homiliarum, hom. 24.

(1) Trat. 2, c. 3.
(2) Bern. de int. domo, c. 63, et in spec. Monach. — Cassian. coll. 3. Abbat. Serapion, c. 14. — Hugo de sancto Victore, lib. de anima; c. 6. — Dorothaus, doctr. 10 et 11.
(3) In cubilibus vestris compungimini. Psal. IV, 5.